



ROMANCES

No habiendo logrado una tarde ver al señor Virrey, Marques de Laguna, que asistió en las visperas del convento, le escribió este romance.

Si daros los buenos años,
Señor, que logréis felices,
En las Visperas no pude,
Recibidlos en Maitines.

Nocturna, mas no funesta,
De noche mi pluma escribe,
Pues para dar alabanzas
Hora de Laudes elige.

Valiente amor contra el suyo,
Hace con dulces ardides,
Que para daros un día
A mí una noche me quite.

No parecerá muy poca
Fineza á quien bien la mire,

El que vele en los romances,
Quien se duerme en los latines.

Lo que tuviere de malo
Perdonad; que no es posible
Suplir las purpúreas horas,
Las luces de los candiles.

Y más del mío, que está
Ya tan *in agone* el triste,
Que me moteja de loca,
Aunque me acredita virgen.

Mas ya de prólogo basta,
Porque es cosa incompatible
En el prólogo alargarse
Y en el asunto ceñirse.

Gocéis los años más largos
Que esperanza de infelice,
Y más gustosos que el mismo
La ajena dicha concibe.

Pasen por vos las Edades
Con pasos tan insensibles,
Que el aspecto los desmienta
Y el juicio las multiplique.

Vuestras acciones heróicas
Tanto á la fama fatiguen,
Que de puro celebraros
Se enronquezcán los clarines.

Y sus vocingleros ecos
Tan duradero os publiquen,
Que Matusalèn os ceda
Y que Néstor os envide.

Vivid, y vivid discreto,
Que es sólo vivir felice;
Que dura y no vive quien
No sabe apreciar que vive.

Si no sabe lo que tiene

Ni goza lo que recibe,
En vano blasona el jaspe
El dón de lo incorruptible
No en lo diuturno del tiempo

La larga vida consiste;
Tal vez las canas del seso
Honran años juveniles.

El agricultor discreto
No espera á que fructifique
El tiempo, porque la industria
Hace otoños los abriles.

No sólo al viento la nave
Es bien que su curso fie,
Si el ingenio de los remos
Animadas velas finge.

En progresos literarios
Pocos laureles consigue
Quien para estudiar espera
A que el sol su luz envíe.

Las canas se han de buscar
Antes que el tiempo las pinte,
Que al que las pretenden, alegran,
Y al que las espera afligen.

Quien para ser viejo espera
Que los años se deslicen,
No conserva lo que tiene
Ni lo que espera consigue.

Con lo cual casi á no ser
Viene el necio á reducirse,
Pues ni la vejez le llega
Ni la juventud le asiste.

Quien vive por vivir sólo,
Sin buscar más altos fines,
De lo viviente se precia,
De lo racional se exime.

Y aun de la vida no goza,
Pues si bien llega á advertirse,
El que vive lo que sabe,
Sólo sabe lo que vive.

Quien llega necio á pisar
De la vejez los confines,
Vergüenza peina, y no canas,
No años, afrentas repite.

En breve, el prudente joven
Eterno padrón erige
A su vida, y con su fama
Las eternidades mide.

Ningún espacio de tiempo
Es corto al que no permite
Que los instantes más breves
El ocio los desperdicie.

Al que todo el tiempo logra
No pasa la edad fluxible,
Pues viviendo la presente,
De la pasada se sirve.

Tres tiempos vive el que, atento
Cuando lo presente rige,
Lo pretérito contempla
Y lo futuro predice.

¡Oh, vos, que estos documentos
Tan bien practicar supistéis
Desde niño, que ignorasteis
Las ignorancias pueriles!

Tanto, que hasta ahora están
Quejosos de vos los dijes,
(Que á invasiones fascinantes
Fueron muros invencibles).

De que nunca los trataistes,
Y el mismo clamor repiten
Trompos, bolos y paletas,

Máscaras y tamboriles;
Pues en la niñez mostrasteis
Discursos tan varoniles,
Que pudo en vuestras niñeces
Tomar lecciones Ulises.
Recibid este romance
Que mi obligación os rinde,
Con todo lo que no digo,
Lo que digo y lo que dije.

*En que expresa los efectos del Amor Divino, y propone morir
amante á pesar de todo riesgo*

Traigo conmigo un cuidado
Y tan esquivo que creo
Que aunque sé sentirlo tanto,
Aun yo misma no lo siento.

Es amor, pero es amor
Que faltándole lo ciego,
Los ojos que tiene son
Para darle más tormento.

El término no es á quo
Que causa el pesar que veo,
Que siendo el término el bien,
Todo el dolor es el medio.

Si es lícito, y aun debido
Este cariño que tengo,
¿Por qué me han de dar castigo?
¿Por qué pago lo que debo?

¡Oh, cuánta fineza! ¡Oh, cuántos
Cariños he visto tiernos!
Que amor que se tiene en Dios
Es calidad sin opuestos.

De lo lícito no puede
Hacer contrarios conceptos

Con que es amor, que al olvido
No puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo (!oh nunca fuera!)
Que he querido en otro tiempo
Lo que pasó de locura,
Y lo que excedió de extremo.

Mas como era amor bastardo,
Y de contrarios compuesto,
Fué fácil desvanecerse,
De achaque de su ser mismo.

Mas ahora (¡ay de mí!) está
Tan en su natural centro,
Que la virtud y razón
Son quien aviva su incendio

Quien tal oyere dirá
Que si es así, ¿por qué peno
Mas mi corazón ansioso
Dirá que por eso mismo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,
Á donde el más puro afecto
Aun no sabe desnudarle
Del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia
Que á ser amados tenemos,
Que aun sabiendo que no sirve
Nunca dejarla sabemos.

Que corresponda á mi amor
Nada añade; mas no puedo
(Por más que lo solicito)
Dejar yo de apetecerlo

Si es licito, ya lo digo;
Si es culpa, ya la confieso
Mas no puedo arrepentirme
Por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra

Lo interior de mis secretos,
Que yo misma estoy formando
Los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma
Verdugo de mis deseos,
Pues muertos entre mis ansias,
Tienen sepulcro en mi pecho.

Muero (¿quién lo creará?) á manos
De la cosa que más quiero,
Y el motivo de matarme
Es el amor que le tengo.

Así alimentando triste
La vida con el veneno,
La misma muerte que vivo
Es la vida con que muero.

Pero valor, corazón,
Porque en tal dulce tormento,
En medio de cualquier suerte
No dejar de amar protesto.

Romance al mismo intento.

Mientras la gracia me excita
Por elevarme á la esfera,
Más me abate hasta el profundo
El peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre
En el corazón pelean;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte
Temo que tal vez la venzan;
Que es muy grande la costumbre
Y está la virtud muy tierna.

Obscurécese el discurso

Entre confusas tinieblas;
Pues ¿quién podrá darme luz,
Si está la razón á ciegas?

De mí misma soy verdugo,
Y soy cárcel de mí mesma,
¿Quién vió que pena y penante
Una propia cosa sean?

Hago disgusto á lo mismo
Que más agradar quisiera;
Y del disgusto que doy,
En mí resulta la pena.

Amo á Dios, y siento en Dios;
Y mi voluntad mesma
De lo que es alivio, cruz,
Del mismo puerto, tormenta.

Pádezca, pues Dios lo manda;
Mas de tal manera sea,
Que si son penas las culpas,
Que no sean culpas las penas.

A Cristo Sacramentado día de Comunión

Amante dulce del alma,
Bien soberano á que aspiro,
Tú, que sabes las ofensas
Castigar á beneficios.

Divino imán en que adoro;
Hoy, que tan propicio os miro,
Que me animáis la osadía
De poder llamaros mío:

Hoy, que en unión amorosa
Pareció á vuestro cariño,
Que si no estabais en mí,

Era poco estar conmigo:

Hoy, que pora examinar
El afecto con que os sirvo,
Al corazón en persona
Habéis entrado vos mismo.

Pregunto, ¿Es amor ó celos
Tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
Da de sospechar indicios.

Mas ¡ay, bárbara, ignorante,
Y qué de errores he dicho,
Como si el estorbo humano
Obstara al liçe divino!

Para ver los corazones,
No es menester asistirlos,
Que para vos son patentes
Las entrañas del abismo.

Con una intuición presente
Tenéis en vuestro registro
El infinito pasado
Hasta el presente finito.

Luego no necesitabais
Para ver el pecho mío,
Si lo estáis mirando sabio,
Entrar á mirarlo fino.

Luego es amor, no celos,
Lo que en vos miro.

*Acusa la hidropesía de mucha ciencia, que teme inútil, aun para
saber, y nociva para vivir.*

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que pues solo en la aprehensión,
Dicen que estriban los daños
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno, que es negro,
El otro prueba que es blanco.

Á unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado,
Y lo que éste por alivio
Aquél tiene por trabajo.

El que está triste censura
Al alegre de liviano,
Y el que está alegre se burla
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.

Célebre su oposición
Ha sido por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.

Antes en sus dos banderas,
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario,
Y otro, que sus infortunios

Son sólo para llorados.

Para todos se halla prueba,
Y razón en que fundarlo.
Y no hay razón para nada,
De haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.

Pues si no hay quien lo sentencie;
¿Por qué pensáis, vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?

¿Ó por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,
Queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?

El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos,
De dar muerte por la punta,
Por el pomo de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer
Discursos sutiles vanos;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.

Especular las desdichas
Y examinar los presagios,